

En la muerte de Laureano Cardoner

Vela persigue calidad pictórica en su obra, al margen casi totalmente de los valores de estructura y textura.

Vela enraiza con calidades cromáticas persistentes, y la materia es en él un motivo para crear una continuidad objetiva, cuyo punto de arranque es un sujeto expuesto a un contexto de tiempo, a una fidelidad de tiempo a un sentido de tiempo. De todo ello, aunque de forma inconsciente, deja constancia el artista en sus creaciones.

Actualmente la crítica se empeña aun en hacer nacionales unos valores que responden ya a un nuevo credo, que se entrevé sin que sea entendido de una forma definitiva. A un artista determinado se empeñan en encontrarle valores raciales, que quedarían justificados en su obra, sin darse cuenta que lo indivisible en el hombre es el esfuerzo de colectividad hacia adelante, para una mayor amplitud de los valores de tiempo y no una obsesión de valores de raza, que crea escuela y cierra toda anchura lógica de proyección. El hombre proceda de donde proceda, del Tíbet o de los Pirineos, persigue con afán no los valores del racismo como experiencia cerrada, sino un universalismo abierto a todos los vientos y a todas las cordilleras del espíritu.

Este inciso viene a propósito de la obra de Vela. Este afán universalista se nota en toda la tendencia informal del momento presente, no solo en España sino el mundo.

He ahí pues una realidad indudable. He ahí como por la valoración de lo individual deben alcanzar los hombres actuales este trascender en el campo de su tiempo.

La obra de Vela es un campo profundo de principios — comienzos — Sus superficies casi lisas son un grito lanzado hacia una consistencia nueva. Por tanto debemos hacer acopio de nuevos conceptos para enfrentarnos con una obra como la del pintor jerezano. Lo que afirmábamos antes «del Tíbet o de los Pirineos» se nos presenta ahora como una realidad fecunda ante la obra de este joven pintor andaluz, que ha atendido concientemente a la llamada de su tiempo. Andalucía cuyo tópico a todos nos duele, ha dado un artista que ha sabido penetrar en el sustrato más hondo de la no figuración. Vela parece como si en sus obras de rugosidades limitadas, persiguiera una luz que se le resiste bravamente. Esta luz no es otra que su razón individual, que trasciende en la superficie de sus obras, como razón de consistencia física de un insinuar-se ilimitado.

El artista empleando materias clási-

cas. En Septiembre pasado hizo un año que Laureano Cardoner, apartado de la ciudad natal, entregaba su alma al Creador. Aunque tarde, puesto que no me enteré de su muerte hasta algún tiempo después de haberse cumplido el aniversario, quisiera ofrecer al que fuera excelente actor, propulsor de nuestro teatro de aficionados y buen amigo de todos sus colegas, un nuevo ramo de flores de luto, una corona de flores de aquellas que al carecer de fragancia infunden respecto, temeroso como estoy de no encontrar frases bastante expresivas, para evocar su talento y encomiar sus bondades.

Es sin embargo muy posible (y esto me justifica y me otorga cierta ventaja) que muchas personas entre las de mi edad que conocieron al extinto y le aplaudieron en muchas ocasiones no tuvieran tampoco en su día noticia de su óbito. Porque a Cardoner, cuando la guerra europea de 1914-1918, la lucha por la existencia, provocada por la crisis por que atravesaba la industria corchera, le obligó muy a pesar suyo a trasladarse a la ciudad condal dejando en su pequeño mundo de la escena guixolense un vacío difícil de llenar, sobretodo en aquellos tiempos en que no se acusaba tan lamentablemente la crisis del Teatro.

Mas tarde, en 1940, lleváronle las circunstancias a otro lugar; a un rinconcillo pintoresco de la provincia de Barcelona, dotado de elementos codiciables y en donde el aliento emprendedor había levantado algunas fábricas. Pero a Laureano cerrósele el cielo desde la hora en que se viera alejado de su ciudad querida.

No es por cierto cosa fácil, y menos cuando ni el tiempo ni los datos se tienen a satisfacción, enumerar las creaciones teatrales de Cardoner. Baste decir que con su facundia y a fuerza de estudio animó una diversidad de tipos y que sus recursos como actor fueron verdaderamente envidia-

bles. Sus creaciones nacían del alma y tanto es así que sufrió por ende en el Teatro muchas emociones. Yo recuerdo haberle visto más de una vez tembloroso y extenuado, luego en dolorosa postración tal era el impulso afectivo que daba a sus interpretaciones. Su humor festivo, por otro lado la espontaneidad y su estilo personalísimo le llevaron también a gran altura en los personajes cómicos que sabía bordar ingeniosamente. Fué Cardoner el que supo estudiar el papel y decir una frase; el que sabía ponerse siempre en situación y el que en escena despertara la emoción y el sentimiento.

Y, a qué proseguir! En más de una ocasión, al recordar al artista y al amigo han acudido a mi memoria los títulos de diversas obras que se llevaron al foso; también los nombres de autores, actores y aficionados al prosenio... Figuras no por lo efímeras menos artísticas ya borradas de este mundo por el poder de la muerte y de las que nadie o casi nadie se acuerda ya, pues que para nada suena su nombre. Y entre éstos figura Laureano Cardoner, el benemérito guixolense, al que, por sus bondades, por su ingenio, su temperamento artístico, su entusiasmo por el teatro y por haber sido tan amante de sus grandezas no podemos olvidar fácilmente.

La última vez que vi al recordado paisano, poco tiempo antes de su muerte, notábase en su semblante cierta melancolía. Dijome que había venido a San Feliu a pasar unos días, muy pocos de vacaciones. Al despedirnos exclamó con amargura: — Amigo mio, nunca podré volver a San Feliu, a la patria chica de mis amores...

Laureano Cardoner se despidió para siempre pero su recuerdo perdura en la memoria de todos los que se honraron con su amistad.

J. Soler Cazeaux

cas, óleo, — quizá también con aditamentos de arena — y con unas gamas de una limitación extraordinaria, alcanza una verdad que los tibios puede que digan «sin sentido», pero que basta contemplar con un sentido responsable, para saber hasta donde nos llevan estas austeras y ásperas superficies que crea. Estos trozos de tela empapados de color negro, en los cuales la espátula no ha dejado la más ligera partícula de pasta abren el campo a la meditación de

quien contempla una realidad no nacida de voces físicas, sino del campo espiritual, a la vuelta de todo convencionalismo embrutecedor. A estas zonas esenciales de un negro intenso pero ahumado, les acompaña unas rugosidades discretas de colores casi incorpóreos — sin cuerpo cromático — que producen un ritmo cuya incógnita puede radicar en una fuerza desatada esencia basáltica de toda proyección de valores.

Luis Bosch C.